

NORA.—Completamente extraoficial, Robinson. Y solamente un cuarto de hora, porque mis horarios son tan estrictos como los suyos.

ROBINSON.—No sé cómo darle las gracias, Nora. Que usted haya sospechado...

NORA.—¿Sospechado?

ROBINSON.—Sí, que esta visita a Juan Fernández no es lo que yo había esperado.

NORA.—Usted está solamente de visita. Yo tengo que vivir aquí.

ROBINSON.—¿Por qué lo acepta? ¿Por qué los dos, por qué todos, finalmente lo aceptamos?

NORA.—No lo sé, porque para empezar tampoco sé qué es lo que aceptamos. Juan Fernández es una isla maravillosa, y su pueblo, usted lo ha visto... en fin, casi lo ha visto... es un pueblo igualmente maravilloso. El clima...

ROBINSON.—No hable como la mujer del jefe de policía, por favor. Yo sé por qué ha tenido la bondad de venir a hablar un momento conmigo. Usted ha venido no solamente porque se ha dado cuenta de mi desengaño y de mi tristeza, sino porque también usted está desengañada y triste.

NORA.—(*Después de una pausa*) Es verdad, pero no se puede hacer nada contra eso.

ROBINSON.—Sí, me temo que ya sea tarde para gentes como usted y yo. Pero en cambio hay otros que....

NORA.—¿Otros?

ROBINSON.—No se ría, pero pensaba en mi criado Viernes, en su amigo Plátano, en la gente que todavía creemos educar y dominar, nuestros hijos culturales por así decirlo.

NORA.—(*Con la voz de la funcionaria*) Oh, esa gente piensa y siente de otra manera. Sus problemas son de otra naturaleza, no pueden entendernos.

ROBINSON.—O al revés, acaso. No sé, soy incapaz de ver con claridad después de que volví a mi isla. Antes todo era tan neto, Nora, tan claro. Usted leyó el libro, ¿verdad? En cada página había alguna referencia llena de gratitud hacia los designios de la providencia, la ordenación del Gran Relojero, la lógica impecable de los seres y de las cosas.

NORA.—A mí me gustó sobre todo la parte en que usted le salva la vida a Viernes, y poco a poco lo hace ascender de su innoble condición de caníbal a la de ser humano.

ROBINSON.—A mí también me gustaba mucho esa parte, Nora. Hasta hace una semana.

NORA.—(*Sorprendida*) ¿Por qué ha cambiado de opinión?

ROBINSON.—Porque aquí estoy viendo que las cosas resultaron diferentes. Cuando usted dice que elevé a Viernes de la condición de caníbal a la de un ser humano, es decir, cristiano, es decir, civilizado, yo pienso que desde hace una semana lo que más aprecio en Viernes es el resto de caníbal que queda en él... ¡Oh, no se asuste!, digamos de caníbal mental, de salvaje interior.

NORA.—Pero es horrible pensar eso.

ROBINSON.—No, más horrible es pensar en lo que somos usted y yo: usted, la mujer del jefe de policía; yo, el visitante de Juan Fernández. Desde que llegamos aquí, Viernes me mostró, a su manera, que mucho de él era todavía capaz de escapar a lo que el sistema de Juan Fernández me impone a mí. Incluso estoy seguro de que

en este mismo momento en que nosotros nos encontramos, demasiado brevemente por desgracia, en un terreno común de frustración y de tristeza, Viernes y su amigo Plátano andan alegremente por la calle, cortejan a las muchachas, y sólo aceptan de nuestra tecnología las cosas que los divierten o les interesan, los juke-box y la cerveza de latas y los shows de la TV.

*Se oye el griterío y la música de una gran fiesta popular.*

NORA.—O sea, que de alguna manera, el verdadero final del libro es diferente.

ROBINSON.—Sí, Nora, diferente.

NORA.—Ese Viernes, agradecido y fiel, aprendiendo a vestirse, a comer con cubiertos y a hablar en inglés, parecería que es él quien hubiera debido salvar a Robinson Crusoe de la soledad. A Robinson y a mí, por supuesto, a mí y a todos los que nos reunimos en un lobby de hotel para beber un inútil trago recurrente y para ver nuestra propia tristeza en los ojos del otro.

ROBINSON.—No sé, Nora, no tenemos derecho a exagerar hasta ese punto. Soy demasiado civilizado para aceptar que la gente como Viernes o como Plátano puedan hacer algo por mí, aparte de servirme. Y, sin embargo...

NORA.—Y, sin embargo, estamos aquí mirándonos con algo que podríamos llamar nostalgia. Creo que siempre nos miraremos así en cualquier Juan Fernández del planeta. (*Bruscamente*) Me voy, mi marido espera mi informe.

ROBINSON.—(*Amargo*) ¿Sobre esta conversación, Nora?

NORA.—Oh, no, esta conversación ya ha ocurrido millones y millones de veces desde el fondo de los tiempos, no tiene ningún interés para la policía. Mi informe, en cambio, es apasionante, un análisis sobre los abortos y el suicidio en Juan Fernández. Hasta otra vez, Robinson.

ROBINSON.—(*Después de una pausa*) ¿Nunca podré caminar por las calles con usted, Nora?

NORA.—Me temo que no, y es lástima. Habitúese a los autos cerrados, se ve bastante bien por las ventanillas. Yo ya me he acostumbrado bastante. Juan Fernández es para mí como una serie de imágenes bien recortadas en el marco de las ventanillas del auto. Un museo, si se piensa bien, o una proyección de diapositivas. Adiós, Robinson.

*Leit-motiv. Golpeteo de hielo en un vaso. Lejano rumor de ciudad. Música de baile popular, gritos alegres de gente que se divierte. Se pasa poco a poco al ruido de un auto y al rumor del aeropuerto.*

ALTAVOZ.—Los pasajeros con destinación a Londres seguirán el corredor marcado con flechas rojas, y presentarán sus documentos en las ventanillas correspondientes a la inicial de su apellido. Los pasajeros con destino a Washington seguirán...

VIERNES.—(*Su voz sonora y alegre cubre la del altavoz*). Tenías razón, amo (*risita*), la organización es perfecta, mira cómo las flechas rojas nos llevan indefectiblemente a las ventanillas, ahora tú vas a la que dice C, y yo a la que dice V. Nos volveremos a encontrar, amo, no pongas esa cara tan triste, tú mismo me enseñaste las maravillas de este aeropuerto.